

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Reuben A. Brower ed., *On Translation*, New York, Oxford University Press, 1966, 296 pp.

El traductor sufriente, el crítico literario, el poeta, el investigador de las literaturas comparadas, el lector curioso y el cultor de la semántica filosófica hallarán en esta antología motivos de reflexión, perplejidad y placer intelectual. Desde el punto de vista de la semántica filosófica la pertinencia del tema es casi obvia. El concepto de traducción se emplea como herramienta polémica en variadas discusiones semánticas. Se dice, por ejemplo, para refutar una ingenua versión de la teoría denotacionalista del significado, que “la estrella matutina” y “la estrella vespertina” poseen significados diferentes porque sus traducciones al francés difieren,¹ y que dos términos dados “tienen el mismo sentido” porque “uno es la traducción del otro”.² Un célebre argumento de Church contra “todo intento de análisis nominalista” de los enunciados de aseveración y creencia (“Juan cree que...”, “Juan asevera que...”) se basa en la llamada “prueba de traducción” (*translation test*), consistente en mostrar que las respectivas traducciones del *analysandum* y el *analysans* propuesto transmiten distinta información, por lo cual el análisis sería incorrecto;³ y el mismo test es aplicado por Church para refutar una tesis de Benson Mates sobre sustituibilidad y sinonimia;⁴ finalmente Church caracteriza una ‘proposición en sentido abstracto’ como “el contenido significativo [*the content of meaning*] que es común a una oración dada y a sus traducciones en otros idiomas”.⁵ La lista es fácil de extender: el concepto de ‘isomorfismo extensional’ es presentado por Carnap como una elucidación de la sinonimia y como un requerimiento que debe satisfacer “una traducción exacta”;⁶ Strawson y Grice defienden contra Quine la existencia de si-

¹ Gilbert Ryle, “The Theory of Meaning”, en *Philosophy and Ordinary Language*, Charles E. Caton (ed.), University of Illinois Press, Urbana, 1963, pp. 133 y 144.

² *Op. cit.*, p. 144.

³ A. Church, “On Carnap’s Analysis of Statements of Assertion and Belief”, *Analysis*, 10 (1950), pp. 97-99.

⁴ A. Church, “Intensional Isomorphism and Identity of Belief”, *Philosophical Studies*, 5 (1954), pp. 65-73.

⁵ A. Church, “Propositions and Sentences”, en *The Problem of Universals*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 1956.

⁶ R. Carnap, *Meaning and Necessity*, University of Chicago Press, Chicago, Illinois, 1956, p. 59.

nónimos (y, de manera indirecta, la legitimidad de la distinción entre analítico y sintético) porque su negación tendría, entre otras consecuencias 'paradójicas', la de quitar sentido "a toda apreciación de las traducciones de un lenguaje a otro como correctas o incorrectas".⁷ En la interpretación más simple y difundida, la traducción se presenta como un proceso en el que 'el mismo' significado cambia de ropaje verbal, o como un transvasamiento de ese intangible vino platónico que son las significaciones; contra esa concepción ha esgrimido Quine una compleja argumentación de corte empirista, pródiga en resultados polémicos⁸ y representada en este volumen por su artículo "*Meaning and translation*".

El libro se divide en tres partes: I. *Translators on Translating*; II. *Approaches to the problem*; III. Bibliografía crítica de estudios sobre el tema. Aunque la intención es que en la primera parte hablen los traductores y en la segunda los teóricos, la división no es neta; los problemas teóricos surgen claramente de las dificultades que debe afrontar un traductor experimentado. El volumen contiene 17 artículos, que tratan cuestiones tan variadas como los problemas planteados por la traducción de la Biblia a 1,109 idiomas modernos y primitivos, la traducción al inglés de la poesía griega y latina, la importancia del contexto cultural, los misterios del chino, la tesis de la intertraducibilidad universal de los lenguajes naturales, las relaciones entre el francés, el alemán y el inglés y las dificultades de la traducción automática. El lector hispanoamericano hallará en el artículo de Dudley Fitts, "*The Poetic Nuance*", (pp. 32-47), el consuelo de ver que a veces se lo toma en cuenta; el soneto anti-modernista del mexicano González Martínez que comienza con el grito de guerra: "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje..." sufre una curiosa transformación en manos de John Bishop. Queda al lector juzgar quién ha muerto: si el cisne o el soneto.

Como Brower señala con acierto en el prefacio, el artículo de Eugenio Nida, "*Principles of Translation as exemplified by Bible Translation*" (pp. 11-31), que es el primero de la parte I, puede servir de introducción al libro y a la discusión ulterior del proceso básico de la traducción. Omitiremos los aspectos más prácticos del tema, vinculados con los principios del 'arte de traducir', para considerar las cuestiones de alcance teórico más general. En lo que sigue sólo nos ocuparemos de las contribuciones de Nida, Roman Jakobson y Quine.

⁷ P. F. Strawson, "In Defense of a dogma", *Philosophical Review*, vol. 65 (1956), pp. 141-158.

⁸ Cfr., por ejemplo, el número de *Synthèse* en homenaje a Quine (diciembre 1968), publicado posteriormente en forma de libro con el título *Words and Objections*.

La definición de traducción dada por Nida es muy simple: consiste en “producir en el lenguaje-receptor la equivalencia más estrecha y natural del mensaje perteneciente al lenguaje-fuente, primero en significado y luego en estilo” (p. 19). Dejando a un lado la exigencia de naturalidad, el problema fundamental gira en torno de la ‘equivalencia significativa’, que el autor parece interpretar como identidad de ‘información’, otro término clave que suele oscurecer algunas discusiones semánticas y que el propio Nida emplea de manera oscilante, como veremos luego. El interés del artículo radica esencialmente en los hechos expuestos por Nida para concluir que toda traducción involucra: 1) aumento de información; 2) pérdida de información y/o 3) deformación (*skewing*) de la información, por lo cual “la comunicación absoluta es por completo imposible” (p. 13). Para ilustrar las dificultades que enfrenta una traducción, Nida enumera varios ‘problemas de equivalencia’, de los que consideraremos cuatro. Apartándonos de la notación de Nida, escribimos “ L_1 ” en lugar de “lenguaje-fuente” y “ L_2 ” en lugar de “lenguaje-receptor”. Los problemas son los siguientes:

I) L_1 carece de una información que es obligatoria en L_2 . En el Evangelio de San Mateo, 4:13, se dice que Jesús fue a Capernaum, sin aclarar si estuvo antes. Pero en cierto dialecto del zapoteca es necesario distinguir entre las acciones que los individuos realizan por primera vez y las reiteraciones de esa acción por los mismos individuos; en consecuencia, la traducción del texto al mencionado dialecto exige tomar una *decisión*, y, sea ésta la que fuere, y se halle bien fundada o no, el resultado será “un claro aumento en la información” (p. 23).

II) Una información que es obligatoria en L_2 es oscura en L_1 . El status de Jesús como rabino no surge inequívocamente del texto bíblico; pero ciertos idiomas (comunes en el sudeste asiático) requieren indicadores honoríficos, y en tal caso “estos deben ser agregados”, de lo que resulta “al menos un aumento parcial de información” (p. 23).

III) Una información que es obligatoria en L_2 es ambigua en L_1 . En San Juan 4:12 la Samaritana habla a Jesús de “nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo”. Si traducimos este texto a un idioma donde la primera persona del plural presenta una dicotomía entre un sentido incluyente y otro excluyente, deberemos tomar una *decisión*, y “sea cual fuere el resultado habrá al menos un aumento parcial de información” (p. 23). Si adoptamos el sentido incluyente, daremos a entender que Jesús era descendiente de Jacob, lo que no ocurrirá si nos inclinamos por la decisión contraria.

IV) Una información que está explícita en L_1 debe tratarse de

manera diferente en L₂. En el sistema griego de verbos hay sutiles distinciones de aspecto que no pueden traducirse al inglés sin fatigosos circunloquios, "lo cual tiende a dar a las distinciones de aspecto un carácter mucho más explícito del que tienen en el original. Tales traducciones involucran una *disminución parcial de información en virtud del mayor énfasis*" (p. 24; el subrayado es mío).

Considreemos primero los casos I-III, en el que se produce un aumento de 'información' en el sentido usual de que la traducción a L_2 hace referencia a hechos no mencionados en L_1 . El autor parece suponer que este fenómeno es inevitable, lo que implica que puede haber al menos dos traducciones igualmente 'correctas' de un mismo texto que sean *incompatibles* entre sí, resultado cuya importancia sería difícil sobre estimar; para apreciarla basta volver la mirada a los argumentos semánticos enumerados al comienzo de esta nota, en todos los cuales se supone que una traducción "correcta" implica sinonimia e identidad de información.

El caso IV plantea un problema diferente, porque el autor pasa sin previo aviso de un concepto de 'información' a otro; queda claro que está pensando aquí en la teoría matemática de la información, según la cual la cantidad de 'información' contenida en un símbolo es inversamente proporcional a la probabilidad de su aparición: a mayor 'predictibilidad', menor información. Así, en el párrafo titulado "*Areas of Meaning and Amount of Information*", el autor deplora la tendencia de los traductores a recurrir con exceso a términos que sirven de 'comodines': "Hallan que ciertas expresiones pueden usarse en un amplio rango de circunstancias y las emplean tanto como les es posible. El resultado suele ser un alto incremento de la frecuencia, en contraste con el uso normal, y la consiguiente pérdida de información debido a su predictibilidad dentro del contexto bíblico" (p. 28). Y también: "En griego casi todas las oraciones comienzan con un conectivo, y el resultado es que los conectivos poseen relativamente *menos significado* que los correspondientes conectivos ingleses" (p. 28; el subrayado es mío). En este último texto la teoría matemática es aplicada también al concepto de 'significado', lo que sugiere una identificación no aclarada entre 'significado' e 'información'. La confusión entre conceptos diferentes de información es pródiga en equívocos; piénsese que en la teoría matemática cualquiera unidad lingüística, por ejemplo la letra "r", puede contener cierta cantidad de información, mientras que el concepto semántico de información sólo es aplicable a oraciones completas.⁹

⁹ Cfr., Y. Bar-Hillel, *Language and Information*, Addison-Wesley Publishing Company and Jerusalem Academic Press, Jerusalem, 1964, en especial el artículo "An Examination of Information Theory", pp. 275-297.

Otro de los problemas pasibles de amargar aún más, si cabe, el carácter del traductor, es el hecho fundamental de que dos lenguajes pueden diferir en el modo de 'categorizar' o clasificar la experiencia, pues "la segmentación de la experiencia por medio de símbolos verbales es esencialmente arbitraria" (p. 13). Ejemplos típicos son las palabras que designan colores y relaciones de parentesco, pero tal problema de equivalencia se da también en otros campos, lo cual implica que "una correspondencia palabra por palabra es imposible" (p. 13), como era de esperar. Según Nida, la mayoría de los lenguajes africanos distinguen sólo tres colores, que sin embargo cubren todo el espectro.¹⁰ En bulu, idioma del Camerún, hay 27 términos para veintisiete tipos diferentes de canasta, pero ninguno para 'canasta' en general. En el kaka, idioma de una región próxima, hay dos términos genéricos relativos a las frutas: uno incluye las bananas y las peras solamente; el otro todas las frutas (en el sentido que damos nosotros a esta palabra) y además: testículos, glándulas, corazones, riñones, globos oculares, pelotas, píldoras, y la semilla de cualquier fruto o planta.

Nida no examina sus ejemplos desde el punto de vista de las conexiones entre traducción en sentido estricto y explicación; pero es fácil ver que si tuviéramos que traducir del kaka al castellano una frase que contenga el segundo de los términos referidos antes, deberíamos o bien introducir una larga disyunción incluyente ("o fruta, o riñón, o pelota..."), en el caso de que la extensión del término no tuviese contornos vagos, o bien adoptar un término *ad hoc* más una explicación. Parece razonable pensar que cuando los sistemas clasificatorios poseen un alto grado de diferencia, la traducción en sentido estricto es imposible y deberá ser suplementada de ese modo. Pero ¿cuánto hay que explicar para que el lector capte la compleja trama de relaciones que dan sentido al término en el lenguaje original? Si un término designa una función que sólo puede comprenderse cabalmente conociendo la estructura de un sistema de parentesco o de otra institución social compleja, la explicación deberá ser abrumadoramente larga; así una nota a pie de página verdaderamente aclaratoria para la palabra griega "*paideia*" bien podría consistir en los tres volúmenes de W. Jaeger que llevan ese nombre. La desmesura de la propuesta da la medida de la distancia que nos separa de la sociedad griega, y recuerda una vez más la porción

¹⁰ El problema planteado por los colores es mucho más complejo de lo que se sugiere aquí; y ha llevado a H. C. Conklin a sostener, en su trabajo "Hanunóo Color Categories", que "Color, en nuestro sentido técnico occidental, no es un concepto universal". Citado por John Lejons, *Introduction to Theoretical Linguistic*, Cambridge University Press, Cambridge, p. 431.

de sabiduría que hay en la frase de Wittgeinstein: "Un lenguaje es una forma de vida."

El breve artículo de R. Jakobson "*On Linguistics Aspects of Translation*" (pp. 232-239) sale al encuentro del dogma de la 'intraducibilidad': "Toda experiencia cognoscitiva y su clasificación es transmisible a cualquier lenguaje existente" (p. 234), no importa cuáles sean las diferencias léxicas o gramaticales. La razón más general que ofrece es que "la facultad de hablar un lenguaje implica la facultad de hablar acerca de él. Tal operación 'metalingüística' permite la revisión y redefinición del vocabulario usado" (p. 234). Apoya su tesis en tres clases de ejemplos, que se dividen según que L_2 : (a) presente una deficiencia terminológica; (b) carezca de ciertas conjunciones, o, (c) de alguna categoría gramatical.

Caso (a): "Toda vez que haya una deficiencia, la terminología puede adaptarse o ampliarse mediante la introducción de palabras del otro idioma, neologismos y cambios semánticos, y, finalmente, mediante circunloquios. Estos últimos pueden ser tan curiosos como la expresión "carro de caballos eléctrico" (*electric horse-car*), el primer nombre ruso para el automóvil. En cierto lenguaje de Siberia el reloj es llamado "corazón que martillea" (*hammering heart*).

Caso (b): Uno de los idiomas de Samoa posee el conectivo correspondiente a "y/o" pero no los correspondientes a "o" e "y". Sin embargo, las oraciones "Juan y Pedro vendrán" y "Juan o Pedro vendrá" pueden traducirse respectivamente de este modo: "Juan y/o Pedro, ambos vendrán" y "Juan y/o Pedro, uno de ambos vendrá".

Caso (c): Si L_2 carece de cierta categoría gramatical, su significado puede expresarse en él por medios léxicos. Así, cierta forma dual de la palabra rusa para "hermano" puede traducirse al español mediante el uso de un numeral: "dos hermanos".

Los ejemplos son sin duda escasos para probar la tesis de la intertraducibilidad universal de los lenguajes naturales; y el autor agrega, por su parte, que la situación es más difícil cuando L_2 posee una categoría gramatical que L_1 no posee. Al traducir "Ella tiene hermanos" a un lenguaje que discrimina entre el dual y el plural, podemos elegir —dice Jakobson— entre "Ella tiene *dos* hermanos" y "Ella tiene *más de dos* hermanos" o inclinarnos por la disyunción "Ella tiene o bien dos o bien más de dos hermanos", evitando así la posibilidad de que la 'traducción' de un enunciado verdadero sea un enunciado falso. Sin embargo, queda en pie el hecho de que L_2 puede exigir un tipo de información no contenido en L_1 : "Los lenguajes naturales —dice el autor es una fórmula epigramática— difieren esencialmente en lo que *deben* transmitir y no en lo que *pueden*"

(p. 236), afirmación que nos retrotrae a casos de elección forzosa similares a los examinados en el artículo de Nida, donde se producía un inevitable aumento de información. Lo curioso es que poco antes de la citada fórmula el texto parece sugerir que una oración de L_1 puede contener información no expresable en L_2 . El autor señala primero que la traducción al ruso de la oración inglesa "*I hired a worker*" requiere información suplementaria acerca de si la acción ha sido completada o no y de si *the worker* es varón o mujer. "Por otra parte —agrega— sea cual fuere la elección de las formas gramaticales rusas para traducir el mencionado mensaje inglés, la traducción no dará respuesta alguna a la cuestión de si yo contraté (*hired*) o he contratado (*have hired*) a tal persona, o de si se trataba de una persona determinada o indeterminada ("*a*" or "*the*" *worker*).¹¹ Jakobson no aclara cómo podría resolverse esta dificultad, pero agrega una interesante observación: "Debido a que la información requerida por las estructuras gramaticales del inglés y del ruso son diferentes, nos hallamos frente a dos conjuntos muy distintos de situaciones en que debemos elegir entre los dos términos de una alternativa; es debido a ello que una cadena de traducciones de una y la misma oración aislada, primero del inglés al ruso y luego del ruso al inglés, podría despojarla por completo de su contenido inicial [...]. Pero, naturalmente, cuanto más rico sea el mensaje, menor será la *pérdida de información*" (p. 236; el subrayado es mío). Quizá valga la pena ilustrar este proceso con un ejemplo cómico; según C. Kluckhohn, una vez se tradujo un cablegrama del inglés al ruso y después nuevamente del ruso al inglés de tal forma que el original: "Genoveva suspendida por travesura" se convirtió en: "Genoveva ahorcada por delincuencia juvenil".¹²

El artículo de Quine, "*Meaning and Translation*" (pp. 148-172), fue escrito antes de la publicación de *Word and Object*, donde el autor desarrolla su tesis de manera más completa y madura. Se trata en rigor de una versión más simple y breve del capítulo II de *Word and Object*, y quizá pueda ser útil al lector que desee enredarse luego en la intrincada argumentación de la versión definitiva, que ha dado lugar a una vasta literatura polémica. Es el más 'filosófico' de los artículos que integran este volumen, y el que ofrece mayores dificultades de interpretación, hecho plenamente visible en la polémica mencionada. Trataremos, sin embargo, de contar al menos una

¹¹ Téngase en cuenta la diferencia de significado implicada en la distinción entre el pasado simple (*I hired*) y el 'presente' perfecto (*I have hired*), propia del inglés, y el hecho de que el ruso carece de artículo definido.

¹² C. Kluckhohn, *Antropología*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949, p. 191.

parte de la historia.

Como ya dijimos, Quine ataca la idea de que la traducción es un modo de cambiarle la ropa a los significados, concebidos como entidades interlingüísticas, o de que en ella se preservan relaciones de sinonimia pre-existentes entre oraciones de distintos lenguajes, supuesto que está a la base del 'test de la traducción' empleado por Church. Pero no funda su tesis en los datos empíricos de la investigación lingüística, sino en argumentos de carácter puramente filosófico.

El desarrollo del artículo presenta dos facetas complementarias. Por una parte, se trata de hallar una definición de "significado empírico", que Quine obtiene investigando el proceso de traducción *radical*, como denomina a la traducción de un lenguaje completamente desconocido: "La traducción entre lenguajes tan próximos como el frisio y el inglés se halla facilitada por el parecido en la forma de palabras afines. La traducción entre lenguajes no relacionados, como el húngaro y el inglés, puede apoyarse en ecuaciones tradicionales que evolucionaron paralelamente a una cultura compartida. Para clarificar la naturaleza del significado debemos pensar más bien en la traducción *radical*, o sea en la traducción de un lenguaje hablado por una comunidad con la que no ha habido contactos anteriores. Pues es aquí, y en ninguna parte, donde el austero significado empírico se desprende de las palabras que lo poseen" (p. 148).

Por otra parte esta investigación arrojará luz sobre la naturaleza de la traducción en general, mostrando que se halla afectada por una indeterminación sistemática; tal indeterminación se deriva del hecho de que la traducción depende de la elección entre diversos conjuntos de conjeturas que Quine denomina "hipótesis analíticas", donde cada elección puede dar lugar a traducciones incompatibles entre sí. No hay traducción 'correcta' en un sentido absoluto, sino sólo relativamente a un conjunto dado de tales hipótesis; y como —según Quine— la pregunta acerca de cuál conjunto de hipótesis es *el* correcto, carece de todo sentido experimental, tampoco hay esperanza alguna de descubrir cuál es la correcta entre las posibles traducciones que se excluyen entre sí: *la* traducción correcta simplemente no existe.

Pero ya es tiempo de entrar en la jungla con el lingüista imaginado por Quine. Lo primero que hace el lingüista es buscar un nativo; justo cuando lo encuentra pasa un conejo, el nativo exclama "Gavagai" y el lingüista anota en su libreta: "Conejo", o "He aquí un conejo". Empieza, pues, por el registro de observaciones compartidas con el nativo. Es importante advertir que sólo anota oraciones,

aunque éstas consten de una sola palabra; “Conejo” tiene aquí un uso oracional, si bien Quine se guarda de proponer un criterio para distinguir entre palabra y oración. Con el fin de avanzar más rápidamente, el lingüista dirigirá al nativo algunas preguntas; por ejemplo, pasa una vaca y el lingüista interroga: “¿Gavagai?” En este punto Quine confía en que su lingüista posee la *intuición* necesaria para captar, “con independencia de cualquier lenguaje” (p. 149) las manifestaciones de asentimiento y disentimiento propias del nativo. Si a la pregunta hecha mientras pasa la vaca el nativo asiente, entonces queda claro que “Conejo” no es la traducción de “Gavagai”, y que esta expresión quizá sea traducible por “Animal” o “Blanco”. Pero si el nativo disiente mantendrá su conjetura inicial. El proceso es lento, pues los medios que Quine concede a su lingüista son tan escasos, que hasta puede provocar la ira de un filósofo: “Vuestro lingüista —dijo una vez Gilbert Ryle a Willard V. Quine— es uno de los más famosos imbéciles con el que me haya encontrado nunca.”¹³ La acusación es quizá algo injusta, pero se trata simplemente de extremar el rigor metodológico. Sea como fuere, el método es aplicable sólo a una clase restringida de oraciones, que al autor denomina “oraciones ocasionales” (*occasion sentences*): son aquéllas que sólo promueven el asentimiento o el disentimiento del nativo en presencia de ciertas circunstancias observables. Es para ellas que Quine trata de dar “un primer y tosco concepto de significado” (sic), mediante las siguientes definiciones:

1) *Significado-estímulo afirmativo de una oración ocasional S para un hablante*: la clase de todos los estímulos que lo moverían (*would prompt him*) a asentar a S.

2. *Significado-estímulo negativo*: igual que en la definición anterior, pero con “disentir” en lugar de “asentar”.

3) *Significado-estímulo*: el par ordenado de los significados-estímulos positivo y negativo de S.

El significado-estímulo es lo que parece funcionar ahora, como el significado empírico de una oración ocasional y como base para la traducción radical; la sinonimia no sería hasta aquí otra cosa que la identidad de significado-estímulo. Pero en rigor la historia es mucho más compleja; por razones que omitiremos, Quine llega a la conclusión de que el significado-estímulo constituye “una noción razonable de significado” a lo sumo para una subclase de las oraciones ocasionales que denomina “oraciones observacionales” (p. 156): *las que poseen un significado-estímulo intersubjetivo dentro de una comunidad lingüística.*

¹³ Cfr. *La Philosophie Analytique*, Cahiers de Royaumont, Les Editions de Minuit, Paris, 1962, p. 181.

Es importante advertir que un estímulo no es concebido aquí como un objeto, por ejemplo, un conejo, sino como las irritaciones específicas producidas en las extremidades nerviosas del nativo y el lingüista cuando, según nuestra concepción cristiana y occidental, pasa frente a ellos un conejo. En este punto se presenta una situación curiosa en el desarrollo de la empresa empirista. ¿Cuál es el status ontológico de los estímulos? Podríamos apostar 'cien contra uno' que son sucesos singulares; pero no es así, sin embargo: "Los diversos estímulos que reunimos en clases para formar los significados-estímulo [...] deben considerarse como formas de sucesos repetibles (*repeatable event-forms*) y no como sucesos particulares con cierta ubicación temporal (*dated particular events*). No diremos que tuvieron lugar dos estímulos semejantes, sino que el mismo estímulo ha vuelto a ocurrir" (p. 151).

No es difícil adivinar los motivos de esta estrategia; es la sombra del viejo Meinong con su canasta de *objetos posibles* lo que Quine desea expulsar de su ontología: "Consideremos la clase *E* de todos los estímulos que provocarían (*would prompt*) el asentimiento a *S*. Si los estímulos fueran considerados como sucesos y no como formas de sucesos (*event-forms*), entonces *E* tendría que ser una clase de sucesos que en gran parte no ocurrieron ni ocurrirán pero que provocarían el asentimiento en el caso de que ocurrieran. Toda vez que *E* contuviese un suceso particular *s* actualizado (*realized*) o no, tendría que contener también todas las réplicas no actualizadas de *s*; ¿y cuántas de éstas hay? Carece de sentido hablar así de particulares no actualizados y tratar de reunirlos en clases. Las entidades no actualizadas deben interpretarse como universales, simplemente porque son semejantes en otros respectos" (p. 151). Perseguido por la sombra de Meinong, nuestro autor se arroja decididamente en brazos de Platón.

Como puede advertirse, este problema surge por el hecho de que la definición de significado-estímulo está formulada en términos de un condicional subjuntivo, construcción que los lógicos se esforzaron por analizar en términos extensionales hasta que el condicional subjuntivo les ganó por cansancio.

Armados, pues, con una ontología de universales y los condicionales subjuntivos, tenemos ya una noción de significado empírico aplicable a las oraciones observacionales; dentro de estos límites, tal significado es "lo que tienen de común las oraciones de un lenguaje y sus traducciones a otro completamente desconocido" (p. 149). ¿Hasta dónde puede llegar el lingüista con esta noción de significado? No muy lejos. La traducción radical de los conectivos proposicionales extensionales no ofrece dificultad; pero Quine muestra que

no puede aplicarse a los enunciados categóricos clásicos, como "Todo A es B", una noción de significado en términos de significado-estímulo que permita, como en los casos anteriores, dar "un cabal sentido conductista a la traducción radical" (p. 164).

Es aquí donde se hacen presentes las llamadas hipótesis analíticas, que establecen correspondencias conjeturales entre los términos y las construcciones de ambos lenguajes. Nos referimos a ellas brevemente, a través del problema de la 'inescrutabilidad de los términos'.

"Hay —dice Quine— oraciones de una sola palabra [...] como 'Blanco' y 'Conejo'. En la medida en que puede decirse que el concepto de significado-estímulo constituye [...] un concepto de significado para ellas, constituirían también, en particular, un concepto de significado para los términos generales como 'Blanco' y 'Conejo'" (p. 152). Pero el hecho de que dos términos generales posean el mismo significado-estímulo no implica que tengan la misma *extensión*, es decir, que sean verdaderos de los mismos *objetos*. Recuerdese que los estímulos son simplemente irritaciones específicas en las extremidades nerviosas. Y éstas pueden ser las mismas aunque los objetos difieran. Cuando pasa un conejo el nativo exclama: "Gavagai", y el lingüista piensa en un objeto físico continuo; pero el nativo puede pensar en algún fragmento temporal de Conejo, o quizá en la *Conejidad* que se hace presente, o en diversas partes no separadas del animal. Quine sugiere inclusive que "el punto de vista del nativo puede ser tan ajeno al nuestro que carezca de todo sentido hablar acerca de objetos, aun de objetos abstractos como la *Conejidad*" (p. 154); puede ser completamente ajeno a nuestro modo occidental de "hablar en términos de esto y aquello, igualdad y diferencia, uno y dos" (*loc. cit.*). Sin embargo, pese a esta absoluta discrepancia ontológica, los significados-estímulo de "Gavagai" y "Conejo" seguirían siendo los mismos. Pero ¿por qué traducir "Gavagai" por "Conejo" y no por "fragmentos temporales de Conejo"? No hay respuesta absoluta; depende de hipótesis analíticas que adoptemos: "Si en virtud de las hipótesis analíticas consideramos 'son lo mismo' como traducción de alguna construcción en el lenguaje del nativo, entonces podemos hacer preguntas a nuestro informante acerca de la identidad de los gavagais entre una ocasión y otra y concluir que los gavagais son conejos y no fragmentos temporales de conejo. Pero si, en cambio, consideramos como traducción de la mencionada construcción nativa la expresión 'son fragmentos temporales del mismo animal', concluiremos después de las mismas preguntas que los gavagais son fragmentos temporales

de conejo”.¹⁴

Se puede observar que la “indeterminación de la traducción” que se pretende probar aquí podría transformarse fácilmente en una paralela y enigmática “indeterminación de la comunicación” dentro de un mismo lenguaje. Quine mismo lo ha reconocido así en un artículo reciente.¹⁵ Es que los gavagais están entre nosotros.

THOMAS M. SIMPSON

Nelson Goodman, *Languages of Art. An Approach to a Theory of Symbols*, London, Oxford University Press, 1969, 277 pp.

Es de suma importancia que un filósofo del calibre de Nelson Goodman se ocupe de cuestiones estéticas cuando éstas andan, generalmente, entre la crítica literaria, no siempre sistemática, y formas de la filosofía abstracta, muchas veces lejanas a la experiencia estética. El estudio que Goodman emprende de los sistemas notacionales posee cualidades de primer orden: buen estilo —a veces estilo excepcional—, gran rigor, resultados y frutos de mucha consideración. Ante todo hay que afirmar, sin ninguna reticencia, hasta qué punto es bien venida una obra como *Languages of Art*.

Es también necesario, al iniciar esta nota, señalar cuáles son los límites y cuál el enfoque de la misma. Los límites son los que impone el libro. No se trata aquí de los aspectos más puramente formales de *Languages of Art*, por la simple razón de que estos aspectos van más allá de la especialidad de quien escribe estas páginas.¹ Lo que me propongo es, así, limitarme a ciertos temas —que por lo demás considero cruciales— en el orden que sigue: 1) el tema de los símbolos; 2) el del aprendizaje y el conocimiento; 3) el de las artes y los sistemas de notación; 4) el del arte y el conocimiento. La última parte de la nota será, parcialmente, discrepante y no olvidará algunos aspectos de la querrela sobre el innatismo que han renovado, entre otros, Noam Chomsky y precisamente Nelson Goodman.

1

La palabra “símbolo” es antigua y entró en uso relativamente común a partir del siglo xv. Sin embargo, desde el siglo pasado asis-

¹⁴ *Word and Object*, p. 72.

¹⁵ Cfr. W. V. Quine, “Ontological Relativity”, *The Journal of Philosophy*, vol. LXV, No. 7, abril de 1968.

¹ Estos aspectos formales se presentan en el capítulo iv del libro. Se trata del capítulo más difícil en un libro nada fácil. Su lectura requiere especial formación en lógica y matemáticas.